

Myriam Barnés
Estadios

Cuando el mendigo se fue llegó otro.

Y luego un rey, y un teólogo, y un niño.

El sabio granado los recibía por igual. Sus tres metros de altura cobijaban a los visitantes y a todos les atraía la piel rugosa y nudosa de su tronco retorcido. Lo tocaban y se veían a sí mismos. Lo sentían y se removían, se transformaban. Su condición de sabio parecía requerir protección, pero el árbol no temía a los hombres. Los soldados que lo guardaban fueron iluminados también. Entendieron pronto que debían tirar las armas, que aquel árbol era más grande cuanto menos merecedor parecía un humano de su sabiduría.

Un día de abril llegó una chiquilla y le mantuvo la mirada. Las hojas verdes y las flores rojas y grandes, repartidas en grupos de tres, se levantaban imponentes muy por encima de su cabeza. A sus ojos, el árbol era una pregunta, un desafío. Quiso conquistarlo y trepó por sus ramas hasta lo más alto. El tronco retorcido le hizo fácil la tarea y la niña asomó sus cabellos por encima de las casas, satisfecha y tranquila. En la bajada robó una flor para su madre.

En julio apareció un joven ambicioso y abrió embobado los ojos por el reflejo de la luz en el verde, por el brillo, por la visión al atardecer del imponente tronco. Empezó a soñar entonces con el granado, con un mañana que llenara las ramas de frutos, con la silueta recortándose. Lo deseó incansablemente. Aquella no era su tierra, sabía que tendría que marcharse y cada tarde sufría pensando qué tal vez sería la última. Nunca se perdonaría hacerle daño, pero antes de irse, sin que lo vieran, arrancó un esqueje para sí mismo.

Una tarde de septiembre una mujer se acercó llorando a esconderse tras el tronco del granado. La voz le temblaba y en la mano sujetaba palpitante un puñal, que no se había llegado a usar. Las granadas, maduras, hinchadas de dulce y agua, se repartían por la gravilla sin dueño. Llevaban dentro el esplendor de la existencia, pero se pudrirían allí, volverían al suelo siguiendo el ciclo de la vida. La mujer, confusa, se sentó tras el tronco y clavó el puñal en la fruta. La sangre roja de la granada cajín chorreaba tintando las piedras. La vida no tenía que seguir siempre su ciclo, romper el cauce normal de las cosas era también la vida. Sin dejar de llorar se llenó el delantal del manjar del otoño, abandonó el puñal y corrió. Corrió hacia el horizonte hasta que el árbol la perdió de vista.

En diciembre un viejo de larga barba blanca se sentó bajo el granado. Las ramas desnudas y solitarias no protegían del frío. El anciano sonrió con sencillez y acarició una de las pocas frutas doradas y duras que le quedaban. En otra cultura lo habrían adornado con luces de Navidad. Pero el viejo solo mantuvo la sonrisa sencilla, se sentó debajo y meditó hasta caer la noche, su última noche.